

Desde París

ALFREDO BRYCE
ECHENIQUE

EL INCOMPRESIBLE MUNDO DE GIGÍ EN PARÍS

Para empezar, diré que nada tiene que ver la atmósfera que voy a presentar con *Gigí*, la célebre novela de Colette, escritora de ciudad, campo, amores contrariados, y gatos de esos medio idiotizados que las porteras suelen querer más que a los seres humanos. Voy a hablar de *Chez Gigí*, un restaurante italiano cuyo estilo empieza a darle una nueva fisonomía a cierta zona del Barrio Latino, y que sin ser mejor ni peor que otros restaurantes italianos de los contornos, se llena día tras día y noche tras noche, rompiendo la maldición que parecía existir sobre el local que ocupa.

En efecto, todo restaurante quebraba en aquel local, situado en el corazón de la parte más vieja del Barrio Latino, casi en la esquina de la rue Tournefort y la rue Pot de fer, muy cerca de la célebre placita de la Contrescarpe. Son calles por las que camino diariamente y, a lo largo de los años, había visto abrir optimistamente y cerrar por quiebra restaurantes vietnamitas, chinos, griegos, y hasta un elegante y bien decorado restaurante francés, especializado en pescados y mariscos. Los veía abrir, y recordaba a una vieja tía del pasado familiar, una de esas tías cuyo pesimismo, por ejemplo, deja profundas huellas que se transmiten oralmente de generación en generación, mediante un par de anécdotas que desde niños se nos graban en el alma. Mi tía Herminia, contaba mi abuelo, solía llegar puntualmente a los almuerzos dominicales de la casa de su infancia. Venía trayendo los esperados dulces

comprados en célebres y ya desaparecidas pastelerías de la vieja Lima. La más célebre, por ser la que se transmite en el recuerdo familiar, fue *La do re mi fá*.

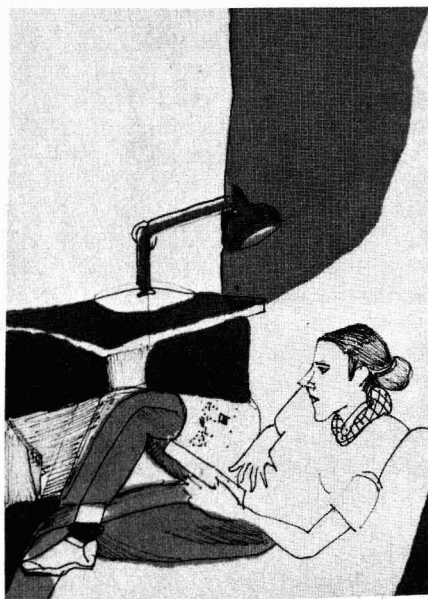
—Cada domingo vende más barato *La do re mi fá* —decía invariablemente la tía Herminia, al llegar con su paquetito. Y su frase tenía algo duro, cargado de pesimismo, aunque ocultaba también una cierta satisfacción, una contenida sonrisa de pesimista que desea ver cumplidos sus negros augurios.

Y claro, no tardaba en llegar aquel domingo en que la tía Herminia entraría en casa con la sonrisa ya bien dibujada en los labios:

—Niños: ya quebró *La do re mi fá*.

Fue la anécdota preferida de mi padre, y solía contarla muy a menudo al pasar delante de algún nuevo negocio que se abría optimista en la ciudad. Lo escuchaba desasosegado, angustiado, como negándome a heredar ese maldito don familiar de andar por la ciudad anunciando quiebras. Pero debo reconocer que muchas veces tuvo razón al evocar el espíritu de esa vieja amargada que debió ser la tía Herminia. De su lado, aterrado sin duda por sus negras frases, había huido un esposo inglés cuyo regalo de bodas fue la primera máquina de coser que hubo en Lima. Mi abuela contaba que la vieja casona de adobe del centro de la ciudad temblaba como en temblor cada vez que la tía ponía en movimiento aquel armatoste, pensando sin duda con oculta satisfacción, mientras trabajaba, en tiendas como *La do re mi fá*.

Unos cien años después, lejano de aquel mundo familiar, me encontré de pronto repitiendo la fatídica frase ("Cada semana vende más barato..."), mientras pasaba solo ante



uno de los restaurantes que abrían y, sabe dios por qué, no tardaban en quebrar; o, cuando pasaba acompañado, contando la malvada anécdota y su desenlace ("Ya quebró..."). Era como si el espíritu de la tía Herminia, con su máquina de coser y todo, me hubiesen capturado en la lejana París. Era mi destino familiar. Estaba marcado desde siempre y para siempre. La prueba es que los restaurantes seguían quebrando uno tras otro.

Pero un día apareció un italiano apodado Gigí y abrió *Chez Gigí*, sacó mesas a la calle peatonal que había remplazado la callejuela en que se atracaban los automóviles, puso enormes flores en las mesas, garrafas y botellas de chianti y valpolicella, trajo mozos que jamás he llegado a comprender, y creó una atmósfera que en los días de sol invade la calle para desesperación de los restaurantes vecinos, aquéllos que nunca quebraban y que hoy tratan de imitar el incomprendible mundo de Gigí, en su afán de mantener prósperos sus negocios. Lo más fácil sería decir que Gigí ha "romanizado" un trozo de Barrio Latino, que le ha dado un toque "a lo Trastevere", pero hay más que eso. Hay algo que se añade al decadente encanto romano, algo misteriosamente exitoso, algo que sin duda habría espantado a mi tía Herminia con sus frases santamente premonitorias.

Confieso haber pensado "Cada semana cobra más barato Gigí", pero han pasado ya dos años largos y cada día *Chez Gigí* tarda más en cerrar porque los clientes acuden hasta altas horas de la noche. La atención es alegre y perfecta y los mozos son cada día personajes más extravagantes. En los últimos meses he comido bastante a menudo en *Chez Gigí*. Necesitaba penetrar el misterio de su éxito en un local donde todos sus predecesores habían fracasado; necesitaba comprender el embrujo con el que ha logrado desterrar el espíritu de mi vieja tía bruja, comprender también a los seres que se ocultan tras la farsa permanente de unos mozos que parecen todo menos mozos de restaurante, y al personaje mismo de Gigí que dirige alegre y severamente, al mismo tiempo, el incesante ajetreo que los restaurantes vecinos hoy deben envidiar y que imitan sin lograr parecido alguno.

Fui por primera vez a *Chez Gigí* una noche triste. Me había llamado una buena amiga a contarme desahogándose que acababa de salir del entierro de su padre, viejo solitario a cuya tumba nadie había acudido. Ella se había encargado de todo, por no molestar a nadie, pero ahora necesi-



taba a gritos salir, salir y tratar de olvidar. La invité a comer y le hablé de ese extraño restaurante que no quebraba por más que yo repetía las frases claves del pesimismo familiar, y cuyo misterio me gustaría penetrar. Le dije, incluso, que su llamada era muy oportuna pues un cierto temor hacía que prefiriera ir acompañado.

Esa noche nos tocó ver un espectáculo insólito, que nosotros calificamos de *felliniano*, porque no había otra palabra para calificarlo. Estuve feliz porque mi amiga llegó realmente triste y demacrada, y no tuve que hacer esfuerzo alguno para lograr animarla. A mi lado, y al igual que yo, terminó riendo a carcajadas ante el inefable espectáculo de unos seres vestidos de gala, una familia italiana entera que llegó acompañada de dos jóvenes homosexuales franceses que nada tenían que ver con ella. Los tipos se daban breves pero visibles besos, se acariciaban, y trataban de impresionar a sabe dios quién hablando de la compra de una fuerte cantidad de monedas de oro, ante la perspectiva de una devaluación del franco. Pronto comprendimos que eran unos tontonazos que deseaban impactar hablando de operaciones monetarias que los hicieran aparecer como hombres ricos. Soñaban sueños baratos y nada más. Los italianos, lejos de impresionarse por frases y costumbres que habrían podido aterrizar a un familión tradicional, continuaban viviendo con total naturalidad lo que podía ser una cena familiar en la calle. Pero, ¿y los fracs negros? Hasta el niño con cara de niño viejo llevaba su frac y su corbatita michi y seguía entusiasta la selección de

los platos que iban a pedir. Participaba en todo con conducta de niño del siglo diecinueve y hablaba con admiración con su padre, que a su vez se ocupaba del abuelo, mientras la hija iba perdiendo vanas esperanzas de conquistarse a uno de los dos franceses apolíneos que ante su vista y paciencia estaban resultándole homosexuales. Cosa increíble, la muchacha llevaba también un frac. Mi amiga y yo pensamos que venían de un circo o algo así, pero de pronto recogieron maletines del suelo y empezaron a extraer e intercambiar decenas de horrosos artículos de murano que contemplaban exclamando: "¡Guarda, quanto è bello!" Poco a poco la mesa se fue llenando de platos de comida y objetos de murano mientras los dos franceses (¿qué demonios hacían con ellos?) soñaban con antiguas monedas de oro. Inútil tratar de reproducir los mil temas de conversación abordados ante el asombro de mi amiga. Pagamos la cuenta, tras haber llegado, por fin, a una conclusión: esos estereotipados personajes, salidos de una película más Fellini que Fellini, eran miembros de una familia que estaba celebrando la inauguración de alguna tienda de horribles muranos. Y los dos muchachos franceses habían puesto sin duda algún capital. Lo malo es que una semana más tarde tuve que llamar a mi amiga para contarle que la familia entera seguía noche y día en el restaurante siempre con el frac puesto.

Otra noche, cenando con otra amiga, logramos por fin que nos trajeran el menú, y pedimos los platos que deseábamos. Gigí, que esa noche nos atendía con el sombrero de gángster con el que suele llegar cada mañana a su restaurante, y que le queda mucho mejor que a un gángster,

nos trajo platos que no habíamos pedido. Gigí le dijo a mi amiga que yo era del barrio y que él había decidido traernos las especialidades del día porque en su restaurante los viejos amigos del barrio recibían atención especial. Comimos delicioso. No deseábamos postre, no deseábamos cognac, no deseábamos más que la cuenta. Gigí y sus mozos se instalaron en la mesa de al lado, empezaron a comer, y nos obsequiaron una botella de champán porque no podíamos irnos tan temprano. Bebimos el champán obedientemente e insistí por la cuenta "¿Qué cuenta?" ¿Por qué andaba yo hablando siempre de la cuenta y de la cuenta? No los dejaba comer en paz. ¿De qué cuenta hablaba? "Buona sera, signorina; buona sera, signore."

Semanas más tarde llegaron unos amigos salvadoreños. Los llevé a comer a *Chez Gigí* y a mostrarles a los mozos. Había un niño en nuestro grupo. Lo llenaron de regalos y le prepararon comida especial para niño difícil para comer. Los salvadoreños contemplaron admirados la indumentaria de Gigí: pantalones enormemente anchos, chaleco muy ceñido, gruesas cadenas de oro que colgaban de todos los bolsillos. Veían correr con los platos en la mano a un joven andrógino con cara de felino rubio, a los tres italianos más que atienden vestidos de cowboy, de oficial de marina, y de cantante italiano de los años cincuenta (la viva imagen de Domenico Modugno), respectivamente. Y en la puerta, como quien vigila un mundo con leyes propias, la muchacha de la familia del frac, vestida ahora de amazona, siempre estática pero siguiéndolo todo con mirada de látigo. Aquella noche comimos en una de las mesas instaladas en la calle. Los salvadoreños estaban felices y asombrados. Para asombrarlos y deleitarlos más, les dije que uno por uno se dieran su vuelta disimuladamente por el interior del restaurante. Salían diciendo que era realmente increíble: Gigí ha perdido bastante el pelo y en el interior del restaurante cuelgan grandes cuadros de él con abundantes cabelleras de hippie y hasta con una enorme melena de león. Todos dedicados "al mío caro amico Gigí". Cuelga también un inmenso cuadro del joven mozo andrógino durmiendo desnudo y sonriente.

Todos estos personajes corren, dialogan, juegan con los clientes, y en los últimos meses se dan de gritos con vecinos que abren ventanas pidiendo menos ruido y sobre todo que bajen el volumen del tocadiscos en el que suenan incesantemente ó-

peras italianas. También es un juego, creo yo, porque las vecinas son italianas y los gritos y pleitos se dan en italiano para encanto de los comensales. Pero, ¿es posible que Gigí haya alquilado departamentos frente a su restaurante sólo para que se armen estos líos que van romanizando este viejo trozo de Barrio Latino? Parece increíble. Pero todo parece increíble y resulta de pronto cierto en el incomprensible mundo de Gigí en París. Hay un mozo (el único francés), por ejemplo, que no participa para nada en los juegos, gritos y pleitos de los demás mozos. Es un hombre alto, delgado, de pelo blanco, extremadamente fino y silencioso. Muy serio. Está como fuera de lugar *Chez Gigí*. Tiene aspecto de millonario y, para atender a las mesas, se viste de negro, decimonónicamente, y se ata a la cintura un mandil blanco que le llega hasta los pies. Lo observé detenidamente muchas veces, hasta convencerme de que en efecto se trataba de un gran señor cuya ruina lo había llevado de mozo nada menos que al incomprensible mundo de *Chez Gigí*, el que nunca quebrará, el que por fin había logrado librarme del maldito pesimismo que pesó sobre mi familia desde el lejanísimo día en que la dura tía Herminia, sin ocultar una pérfida sonrisa, le anunció a las generaciones venideras (aun a aquellas que marcharon al extranjero) la quiebra de *La do re mi fá*.

Pero el mundo de *Chez Gigí* habría de darme todavía otra sorpresa (y estoy seguro de que con el tiempo vendrán más). Hace un par de días, al cruzar la calle, vi estacionarse el automóvil más caro, lujoso y elegante que he visto este año en París. Un millonario me hizo un saludo atento desde el interior. No podía ser: era el gran señor cuya ruina lo había llevado de mozo nada menos que al in-

comprensible mundo de *Chez Gigí*. Decidí entonces escribir estas páginas, a ver si así, poniéndolo en blanco y negro, lograba entender algo...

París, agosto 1979

DISPARATARIO

POR
CARLOS ILLESCAS

EN BUSCA DEL TEXTO PERDIDO

"Porque esa luz es creadora, asimismo de soledad."

El Defensor. Pedro Salinas

La pintora Judith Gutiérrez me pidió un texto de presentación en el catálogo a la exposición que montaría. Con el terror que impone una tarea de tal naturaleza, puse manos a la obra; después de incontables esfuerzos pude terminarla. El fruto fue un escrito no mayor (pero tampoco menor) de una cuartilla y media.

El texto muestra cómo las palabras al parecer nacieron bajo signos diferentes porque todas, puestas de uñas las unas contra las otras, van de la dis-

cordia a la confusión. Al momento de releerlas no supe, ¿debo jurarlo?, qué pretendieron decir, y en qué medidas de espacio y tierra alcancé a expresar la idea motora de que la sinestesia es anarquía en busca del orden.

Pronto entendí, sin embargo, que el texto repetía uno de los muchos autorretratos tras cuya ejecución andamos todos, porque consumía elementos rapsódicos que corren desde un cargante romanticismo, pasando por conceptismos deleznales, hasta la atonalidad mental concebida para el caso como desesperación al ver producirse la angustia, ya única respuesta. El tiempo y su carga de otra suerte, viniendo de la contradicción que no tolera la identidad de las cosas que se suicidan frente a nosotros.

Llegado a este extremo deseo someter a ustedes, distinguidos académicos, el texto sobre el cual bordo este verbalizante oficio de tinieblas.

Texto uno

"La pintura de Judith Gutiérrez podría ilustrar lo que muchos imaginamos como primer paraíso. De hecho lo crea. Sus manos saben dar con la aplicación del color lo que muchos aspiramos a vestir con las palabras. La precisión cromática en ella corresponde por analogía a la pericia que el más castizo de los prosistas podría proponer al elegir palabras con las cuales decirnos, mira, aquí los árboles; observa, allá la manzana; todo ello mientras serpiente y personajes permanecen estáticos viéndose hacia sus partes pudendas antes de recurrir al abrazo fatal.

"En muchas circunstancias, sin embargo, conviene eludir la literatura. Esta, en el caso de Judith Gutiérrez entorpecería el paso que va de oír a ver el discurrir interno de los colores. El observador extraerá de este colo-

